



La batalla por la Presidencia

Hay en curso dos batallas por la Presidencia: una, la tradicional, por ver quién la gana en 2012. Otra, por ver qué clase de Presidencia ganará quien la gane.

La primera es la clásica y no tiene mayores secretos: está a la vista de todos, con el PRI en una posición de fuerza cuya única debilidad es precisamente ésta: parece tan segura que no une a los contendientes internos sino, por el contrario, exacerba su lucha por la candidatura del partido que se ve como segura carta de entrada a la casa presidencial de Los Pinos.

La segunda batalla por la Presidencia no es un secreto para nadie, pero tiene implicaciones menos fáciles de leer. Se refiere al tipo de Presidencia que quieren los grupos políticos y en particular el tipo de Presidencia que quiere heredar el PRI.

Pienso con lógica ingenua que a la vista del hecho de que ganará en el 2012 el PRI sería el primer interesado en no debilitar

la Presidencia, sino en fortalecerla.

Pero no es esa la conclusión que puede derivarse de lo que publica la prensa sobre las intenciones del PRI en materia de presupuesto y de relaciones del Congreso con el Poder Ejecutivo.

Respecto de lo primero, la tendencia anunciada es reducir dineros, atribuciones y administración de programas al Ejecutivo federal, en particular lo que se refiere a los programas sociales cuyos recursos y manejo se pretende trasladar a los estados.

Respecto de las relaciones del Congreso con el Ejecutivo, se plantea desaparecer algunas secretarías, reducir las delegaciones federales y, sobre todo, sujetar los nombramientos del gabinete que haga el Presidente a la aprobación del Congreso.

En suma, debilitar aún más esa que probablemente, con sólo no pelearse de más entre ellos, los priistas ganarán en el año 2012.

La conclusión un tanto sorprendente que cabe sacar de estos propósitos de nuevo acotamiento al poder presidencial, es que el PRI no quiere heredar una Presidencia fuerte, sino una débil, más débil incluso que la que dejó al descubierto la pasada elección del 5 de julio.

Los poderes priistas —gobernadores, legisladores, pirámides sindicales— han gozado de extraordinaria libertad y comprobada autonomía desde que el poder presidencial perdió la mayoría en el Congreso en 1997 y el PRI salió de Los Pinos en el año 2000.

Se diría que no quieren restaurar la Presidencia que los oprimía, sino debilitar todavía más la que los ha liberado y fortalecido. ■■

acamin@milenio.com

